

Dos versiones de Latinoamérica

Publicado: Lunes 18 marzo 2013 | 10:28:55 pm.

Publicado por: Lázaro Fariñas

Cuán diferente es la América Latina que nos deja Hugo Chávez a la que recibió la Revolución Cubana en 1959. En nada se parecen. Aquella estaba llena de dictadores, analfabetismo, hambrientos, enfermedades, olvidada por el resto del planeta y explotada por la primera potencia mundial, que saqueaba sus recursos naturales y la sumergía en la profunda pobreza.

Desde el Río Grande hacia el sur, hasta llegar a la Patagonia, todo ese vasto territorio se había convertido en el patio trasero de Estados Unidos, que intervenía una y otra vez en los asuntos internos de los distintos países, sin importarle la voluntad de sus habitantes. A través de ese vasto territorio, el imperio mantenía a dictadores aliados a sus intereses y derrocaba a cualquier gobernante que no fuera afín a sus órdenes.

Aquella América Latina que amaneció, después de la derrota del colonialismo europeo, con una espada de Damocles sobre su cabeza a partir de la famosa declaración del presidente James Monroe en 1823 —la cual se llegó a conocer como la Doctrina Monroe, y que decía «América para los americanos», pero bien se podía interpretar como «América para los norteamericanos»—, siguió por décadas y décadas

sumergida bajo la tutela de Estados Unidos, hasta que, en 1959, la Revolución Cubana separó a Cuba del mandato de la gran nación del norte. Por primera vez en la historia un país latinoamericano se enfrentó, directamente, a la potencia del Norte y siguió marchando de forma independiente.

Después de Monroe, los norteamericanos formularon nuevas políticas para las naciones del Sur, pero ninguna de ellas encaminada a dejar atrás y para siempre la convicción de que esos países solo eran sus peles y tenían que jurar obediencia a sus designios. La política del Buen Vecino, así como la Alianza para el Progreso, son dos buenos ejemplos de lo que estoy afirmando. El derrocamiento de Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954, la intervención en República Dominicana en 1965 y la guerra de los contras en Nicaragua, ya en la década de los 80, son pruebas más que suficientes de que ni la política del Buen Vecino ni la Alianza para el Progreso tuvieron la intención de cambiar la relación de EE.UU. con los países de la región.

A partir del triunfo revolucionario cubano en 1959 fue que en Latinoamérica se empezó a pensar que era posible rebelarse contra los mandatos del Norte. Las dictaduras fueron desapareciendo, dejándole el campo libre a Gobiernos más o menos obedientes, pero con ciertos visos de independencia política. No fue hasta 1979 que una nueva revolución triunfó, en Nicaragua, levantando la bandera revolucionaria de Cuba, enfrentándose directamente a los Estados Unidos y pagando con creces esa digna actitud. Lo increíble hizo el Gobierno de Ronald Reagan para derrocar a los sandinistas y para hacerles pagar el atrevimiento de enfrentarse a sus designios.

Con el triunfo democrático de Hugo Chávez en Venezuela, empezó el verdadero desborde popular en la región. La muerte de este gran líder, hace solo unos días en Caracas, ha permitido constatar la convicción de los pueblos de América Latina de que

un futuro mejor y más justo es posible, que la soberanía de las naciones no volverá a ser mancillada ni ultrajada, que cada país es libre de escoger el camino que quieran sus habitantes, que ninguna otra nación tiene el derecho de inmiscuirse en los asuntos internos de las otras, y que los pobres son seres humanos.

La América Latina que nos deja Chávez es más solidaria, más justa, más unida, es mucho más democrática que aquella que él, como heredero de la Revolución Cubana, recibió en 1999 y no tiene semejanza con la que encontró Fidel en el 59.

Hoy no existen las dictaduras de las décadas de los 60 y 70. Hoy la región es más próspera; el analfabetismo, la pobreza y las enfermedades han ido cediendo terreno, y existen bloques de naciones que comparten las mismas raíces, lenguas y culturas.

Ahí está la Celac, que nació gracias al empuje de Chávez y a la voluntad política de los Gobiernos de América Latina y el Caribe y que, como reconocimiento a todo lo aportado por la Revolución Cubana a la independencia de nuestros pueblos, hoy dirige Cuba.

Sí, muy diferente es esta América Latina de hoy a la que existía en el 59. El cambio se le debe, en primer lugar, a Fidel Castro, quien enseñó la luz y sirvió de faro a Ortega, Chávez, Evo y Rafael Correa, ese gran presidente del Ecuador, pero también a Lula, a Néstor Kirchner, Mujica y los otros líderes progresistas del continente.

Son dos Américas muy distintas: la sumisa y explotada que existió cuando triunfó la Revolución en Cuba, y la independiente, soberana y solidaria que hoy existe a la muerte de Hugo Chávez.

***Periodista cubano radicado en Miami**

<http://www.juventudrebelde.cu/opinion/2013-03-18/dos-versiones-de-latinoamerica>

